

OPINIÓN

Perpetuemos nuestro sueño

POR ALAN MEYER FRANKFURT

Comúnmente asociamos con un vínculo indisoluble la edad con la madurez. Asociamos el sentido de responsabilidad con grupos etarios, la autonomía con etapas de la vida, y el respeto a números que, a veces, no son más que números. Sin embargo, si existe algo que los dígitos otorgan, sin miedo a caer en ambigüedad, es el registro del tiempo. Hace pocos días se conmemoraron los 59 años de independencia de Israel y se hace imprescindible un examen moral de cuánto hemos aprendido y madurado como pueblo, como nación libre y soberana de la comunidad internacional.

Es tan atractivo el engolosinarnos de autoreferencias subjetivas que tendemos a caer en el abuso de las mismas, ensalzándonos en nuestros propios méritos, adjudicándonos gratuitamente y sin vergüenza proezas personales que poco tienen que ver con un esfuerzo nacional. Pero no es fácil quitarle un dulce a nadie, como tampoco lo es quedarnos desnudos frente a nuestra verdadera realidad, carente de un maquillaje que recubra grietas que hemos dejado expandir, que llevamos construyendo por casi seis décadas y que si bien no han pasado ausentes de autocríticas, han carecido de una retrospectiva decididamente constructiva.

El Estado de Israel es una nación cuya subsistencia requiere no tan sólo de la autodeterminación nacional a la supervivencia sino también del determinismo diaspórico a sustentar un país a la distancia, a través de las distintas formas de cooperación que han existido. La Aliá es sin duda el hito fundamental en el desarrollo a largo plazo de Israel pues, además de traer sangre nueva (guardándole un espacio especial a la sangre joven), contribuye al desarrollo tanto sociocultural como económico del Estado; esto nos mantiene permeables al adelanto extranacional en términos tecnológicos, evitándonos caer en el ensimismamiento al que conduce el hermetismo fronterizo, producto incuestionable de políticas terroristas de nuestros vecinos en Medio Oriente, así como del egoísmo de otras naciones cuyos adelantos se reservan sólo para el provecho y la modernización de sí mismas.

No obstante la relevancia que la Aliá tiene para Israel, hemos visto cómo el ideal sionista se ha deteriorado por experiencias agrias de matices vergonzosos, por múltiples regresos con sueños deshechos, y por un sentimiento de desapego generalizado hacia nuestra Tierra ancestral, aquella que vio prosperar y multiplicarse al Pueblo Judío a través de los siglos, resguardándonos de la frialdad de un mundo que pocas veces se ha caracterizado por su empatía o conmiseración hacia nosotros. El desprestigio de la actividad inmigratoria no es más que el resultado de políticas que han mermado el sentimiento de acogida de los olim, haciéndoles dura la llegada e imposible la permanencia, dificultándoles tanto las fuentes de ingreso como la adaptación a una sociedad que, si bien debiera recibirlos con brazos abiertos, teme por la naciente competencia laboral y por el costo que tendrán los nuevos inmigrantes en su diario vivir, desligándose de su responsabilidad y negándoles el agradecimiento. Bajo este crudo panorama, sumado a dificultades idiomáticas y a una poco amigable perspectiva bélica, la posibilidad de hacer una vida nueva en Eretz Israel queda, inevitablemente, bordeando la utopía, reservándose exclusivamente para los pocos cuyas convicciones son tan fuertes como para estar dispuestos a luchar contra las numerosas dificultades que el emigrar a Israel representa hoy por hoy. Mucho tiempo ha pasado ya desde que hacer Aliá era el sueño de más de alguno, e Israel comien-

za a sentir el peso de este cambio.

En tiempos en que las fronteras nacionales comienzan a borrarse producto de acuerdos internacionales, en que Europa respira cada vez más como un solo organismo refulgente, y en que comunidades, en especial la norteamericana, prometen beneficios y facilidades sin comparación, lo que era una alternativa se transforma, querámoslo o no, en poco más que un capricho asociado a viejos recuerdos que yacen almacenados en el polvo de libros e historias antiguas. No son pocos los judíos que haciendo uso de nacionalidades heredadas migran hacia el Viejo Mundo, reivindicando olvidados pasajes de nuestra historia, cuyo sabor a familiaridad el dolor no fue capaz de arrancar. Así, Alemania ha visto impávida el resurgimiento de una comunidad judía pujante que exige atención, y lo que para algunos de nuestros abuelos sería una herejía, la existencia de una comunidad que ya supera los 250.000 miembros (en comparación a los 23.000 que eran en 1990 según el Consejo Central de Judíos de Alemania) se ha tornado en una realidad, una realidad fuertemente nutrida de aroma a nostalgia. De alguna forma, ni el mayor genocidio puede con 400 años de asentamiento y esplendor cultural, pues si algo nos caracteriza como sociedad, es nuestra capacidad para amarrarnos a la tierra que nos ve florecer.

Hemos visto cómo en los albores de nuestro desarrollo nos hemos emancipado hasta tierras muy lejanas de ésta de la que brotase leche y miel, hasta localizarnos en los confines más recónditos. El crecimiento sostenido de la comunidad judía norteamericana, que hoy sobrepasa con creces la demografía de Israel, y que incluso se nutre de la misma, es un claro ejemplo del efecto que ha producido el desapego a nuestra Tierra. Frente a la alternativa del sueño americano, poco puede hacer una tierra que arde en las llamas de suicidas fanáticos, si en vez de apelar al sentimiento de pertenencia busca argumentos basados en la materialidad y el racionalismo, y es que, de alguna manera, la expansión del sueño político-sionista ha relegado al olvido a la religión que le da sustento en el tiempo y le permite vivir con fuerza en el espíritu de cada integrante de nuestro pueblo.

En el incesante esfuerzo por justificar nuestra existencia como nación entre las naciones, hemos dejado de lado la lucha más importante que debemos librar para mantenernos como nación soberana: la lucha por perpetuar el sueño de la Tierra Prometida, ese que, más allá de ser un sueño, representa la esperanza por un mañana en que podamos desarrollarnos sin miedo, sin sangre, en paz y plenitud. En la contienda que debemos dar a diario por no contentarnos con la realidad diaspórica, Israel juega un rol esencial al recordarnos, aunque sea por algunos instantes, nuestra naturaleza diferente, que nos caracteriza y marca, aunque no queramos, que nos hace distintos y que nos ha mantenido unidos y vivos por más de tres milenios. Nuestro secreto para la inmortalidad, el elixir que permite que nuestros corazones palpiten incesantemente, no es sino nuestra obstinación por la defensa de lo que se nos juró desde tiempos inmemoriales: una historia de la cual estar orgullosos y una tierra que nos ofrece el vestigio de cuánto hemos sido, de cuánto hemos progresado, y de cómo hemos resistido unidos los embates del tiempo y sus civilizaciones desalmadas. Cuidar la importancia de Israel no es tan sólo asegurarnos un hogar que nos cobije del frío del mundo sino que es perpetuar la promesa de un mañana mejor para todos y cada uno de nosotros, de nuestros hijos, de nuestra exquisita y a la vez compleja nación.

PARASHAT HA'SHAVÚA
10 Iyar 5767

Ajarei Mot - Kedoshim

Ezequiel 22:1-16

ENCENDIDO
DE VELAS
DE SHABAT



17:49 horas

Desintoxicación Sabática

Y mis sábados guardaréis (Vaikrá 19,3)

Guardar el Shabat es mucho más que un deber religioso; es una necesidad imposible de reemplazar por otra actividad. Necesitamos desconectarnos de tantas tensiones, tantas noticias y tantas corridas, ocupándonos por veinticuatro horas de nuestras 'almas contaminadas'.

No hablo de distraernos. No es eso lo que necesitamos.

No es casualidad que el primer versículo de Parashat Kedoshim nos diga '*Kedoshim Tihiu*' (Santos seréis) y el segundo nos diga '*VeEt Shabtotai Tishmoru*' (Y Mis Shabatot guardaréis).

Desde hace miles de años, la receta para desintoxicar nuestra alma y recuperar esa chispa de santidad y vitalidad que se aloja en nosotros, tuvo que ver con las vivencias sabáticas y el espíritu de este día.

Uno puede entender cómo se puede contaminar un río o el aire. Pero... ¿cómo se contamina un alma? ¿De qué estamos hablando cuando decimos 'almas contaminadas'?

Saben ustedes que el cuerpo tiene ventanas y el alma respira, se alimenta y vive a través de ellas. Tenemos una boca, dos orificios nasales, dos ojos y dos oídos.

De la misma forma en que el polvo ingresa a la casa a través de las ventanas, así también las ventanas del cuerpo en sus funciones semanales contribuyen a la saturación de nuestra alma.

No sé si prestaron atención, pero al terminar el Shabat, en la Havdalá dedicamos una bendición a cada uno de estos sentidos.

Empezamos con la brajá del vino, dedicada a la **boca**. Luego pasamos a la **nariz**, recitando la bendición de los *besamim* (las especies aromáticas). En tercer lugar, bendecimos sobre la luz de la vela trenzada, iluminando nuestros **ojos**. Y por último, tan sólo prestamos **oído** y escuchamos la distinción entre la santidad del Shabat que finaliza y lo ordinario de la semana que empieza.

Di-s regala una bendición a cada ventana, para guardarlas y protegerlas en aquel momento en el que vuelven a salir al ruedo y nuevamente comienza a entrar polvo por las ventanas de nuestros cuerpos.

En siete días volveremos a vivenciar un nuevo Shabat y estaremos tan 'contaminados' como estamos hoy. Realmente -lamento defraudarlos- no creo que las noticias de la próxima semana sean mejores, ni que tengamos que correr menos, ni que baje nuestro nivel de estrés.

Pero al menos un día a la semana tenemos este regalo de veinticuatro horas para desintoxicarnos. Para recuperar, al menos por un rato, esa chispa de *kedushá* que anida en nuestras almas.

Rabino Gustavo Surazski

[EXTRAÍDO DE TORATJAIM@CIS.CL
EDITADO POR EL JAZÁN ARIEL FOIGEL]



Oficina de Seguridad Comunitaria

Nuestra misión es protegerte, TU DEBER es INFORMAR

Email: info@osc.cl
Teléfono 24hrs. **241-7000**